

Ediciones Cydonia S.L.
<http://www.edicionescydonia.com/>
Apartado de Correos 222
PORRIÑO - Pontevedra

© Ediciones Cydonia, 2017
© Marcelino Requejo
Primera edición, octubre de 2017

Printed in Spain - Impreso en España
I.S.B.N. 978-84-947223-2-5
Depósito Legal: VG 604-2017
Diseño de cubierta: Ignacio Docampo
Maquetación: JGB
Imprime: Reprográficas Malpe

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso escrito de Ediciones Cydonia S.L.

MÁS ALLÁ DE LO SOBRENATURAL

Marcelino Requejo



A Inma, Chus, Isabel,
Daniel y Adrián.

Índice

Prólogo, por Miguel Pedrero	
<i>Simplemente, un buscador de la verdad</i>	9
Introducción	
<i>Sin respuestas</i>	13
Capítulo 1	
<i>El enigma de Taboada</i>	17
Capítulo 2	
<i>Lluvias infernales</i>	25
Capítulo 3	
<i>Visitas inesperadas</i>	37
Capítulo 4	
<i>Ajuste de cuentas</i>	61
Capítulo 5	
<i>Muñecos diabólicos</i>	71
Capítulo 6	
<i>Seres imposibles</i>	89
Capítulo 7	
<i>“Monjes” sin convento</i>	103
Capítulo 8	
<i>Ver para creer</i>	129
<i>La criatura de A Cacha-Corzáns</i>	138
<i>¡Niños, venid!</i>	143
<i>Cornucopia</i>	145

<i>Dopplegänger</i>	150
<i>El velatorio</i>	162
<i>La dama de Vilaesteva</i>	170

Conclusiones

<i>La universalidad del fenómeno</i>	183
--	-----

Agradecimientos	193
------------------------------	-----

Prólogo

Simplemente, un buscador de la verdad

CONOCÍ A MARCELINO EN 1994, durante una reunión de investigadores del fenómeno OVNI que se celebró en algún lugar de Galicia del que ahora no me acuerdo. Allí nos intercambiamos los teléfonos y, unos meses después, ya estábamos compartiendo aventuras detrás de la pista de toda clase de sucesos anómalos. Durante estos 23 años (parece mentira, pero sí, ¡han pasado 23 años!), Marcelino ha puesto a mi disposición algunos de los casos más interesantes que he tenido la oportunidad de investigar.

En una época en la que trabajaba como *freelance* y siempre estaba sin blanca, el bueno de *Marce* (como le llamamos los amigos) me facilitaba el acceso a casos y testimonios para que pudiera publicarlos y conseguir algo de dinero con el que seguir adelante. Jamás me pidió nada a cambio. Ni siquiera quiso nunca firmar los reportajes conmigo. Porque el autor de este libro no quiere trabajar en ningún medio de comunicación (ni falta que le hace), ni busca fama, ni reconocimiento. Sólo le interesa conocer la verdad. Investigar concienzudamente cada caso, alejado de los focos. Entrevistando una y otra vez a los testigos, reflexionando sobre lo que le cuentan, regresando continuamente a los lugares donde su-

cedieron esos hechos anómalos, buscando nuevos testimonios. Sin más pretensión que adquirir conocimientos y disfrutar de la búsqueda.

Junto a Marce he disfrutado de algunos de los mejores momentos de mi vida. Porque no hay nada que nos haga disfrutar más que salir por el mundo a la búsqueda de testimonios sobre sucesos extraños. Al final, los testigos acaban haciéndose amigos y no es raro que acabemos todos hasta altas horas de la madrugada charlando de lo divino y lo humano. Eso no lo paga nada. Es una sensación difícil de trasladar a palabras. Y como Marce y yo compartimos esa sensación y esa necesidad de buscar, solemos perder la noción del tiempo. «Oye, Miguelito, que ya son las seis de la madrugada», parece que escucho a Marce diciéndome mientras estamos frente a un café, discutiendo sobre los últimos sucesos que hemos recogido *in situ*. Es igual lo que responda, porque mi amigo suelta: «Bueno, nos tomamos el último café», y la cosa no tiene fin.

Pero los que le queremos no podíamos permitir que tantas historias quedaran olvidadas en un cajón, así que en 2006 lo convencimos para que escribiera un libro. Marcelino dijo que lo haría, aunque no le creímos. Meses después tenía sobre mi mesa el manuscrito. Se publicó en esta misma editorial bajo el título de *OVNIs: Alto Secreto* (2007), y se convirtió en todo un éxito. Años después, en 2014 y también en Cydonia, nos sorprendió con *Apariciones marianas: la respuesta definitiva*, uno de los mejores libros que he leído jamás. Y ahora, en 2017, por fin, ya está en las librerías su obra más esperada: esta que sostiene entre las manos. Es el resultado de las investigaciones más apasionantes del autor en la última década sobre una serie de hechos que desafían a la razón. Se trata de casos muy extremos que podrían indicar la existencia de seres de otras dimensiones que tendrían la capacidad de penetrar en nuestro universo tridimensional.

Es una lectura para disfrutarla, imaginándonos que estamos una noche de acampada junto a unos amigos, contando historias de apariciones alrededor de un fuego. Si empiezan a

leer ya no podrán dejar este libro hasta terminarlo, se lo aseguro. Porque Marce, aparte de escribir estupendamente bien, es el mejor investigando. Por mi parte, espero seguir aprendiendo de él durante muchos años, compartiendo aventuras y desventuras, hallazgos y decepciones en este proceloso mundo de los fenómenos extraños.

MIGUEL PEDRERO

Introducción

Sin respuestas

«El verdadero misterio del mundo
es lo visible, no lo invisible».

OSCAR WILDE

EN SU LIBRO 'REALIDAD DAIMÓNICA', el escritor inglés Patrick Harpur afirma textualmente: «Un libro sobre apariciones y visiones siempre está rodeado por cierto clima de incomodidad. No son temas respetables. Apenas son mencionados por los que podríamos llamar “representantes oficiales de nuestra cultura”, como los académicos, las iglesias o la prensa de prestigio».

Tiene razón. Soy plenamente consciente de que la práctica totalidad de los relatos que figuran en esta obra no resultarán creíbles; es más, van a ser enteramente rechazados por nuestra mente lógica y racional, que tenderá a etiquetarlos de inmediato como visiones o alucinaciones.

Lo que aquí se expone son situaciones experimentadas en sus propias carnes por ciudadanos de a pie, que en el transcurso de sus quehaceres cotidianos tuvieron que enfrentarse inesperadamente a una serie de fenómenos que bien merecen el calificativo de surrealistas. Precisamente por eso, los propios interesados se han mostrado reacios a narrarlos, conscientes de las nefastas consecuencias familiares, sociales y laborales que acarrearía el atreverse a airear alegremente tan insólitas experiencias.

En consecuencia, muchos de los testimonios que vienen a continuación no han sido fáciles de obtener. Sin embargo, el simple hecho de que algunas personas se hayan decidido a compartir sus desconcertantes vivencias, a condición de permanecer en el anonimato más absoluto, debería constituir ya de por sí un tanto a su favor, pues destruye por completo el supuesto afán de notoriedad que tan frívolamente suele atribuirse a los testigos.

En la páginas que siguen me limito a exponer las experiencias de los protagonistas tal cual ellos me las han transmitido, procurando en todo momento seguir los versos del poeta José Zorrilla en la dedicatoria que encabeza su volumen de *Poesías*:

«El pueblo me lo contó
sin notas ni aclaraciones:
con sus mismas expresiones
se lo cuento al pueblo yo».

Debe comprenderse la dificultad que entraña el intento de elaborar una respuesta racional y definitiva que explique de forma satisfactoria este tipo de episodios, máxime cuando nos llegan tan sumamente empapados de ese molesto, incómodo y pringoso tinte surrealista.

Sería conveniente no sucumbir a la tentación de esgrimir la típica “explicación” basada en el simplista argumento de que todo fue fruto de una alucinación, un sueño, una broma o un invento de los testigos, sin antes analizar y ponderar minuciosamente, y en su justa medida, los detalles, pronunciamientos y explicaciones contenidos en sus relatos, así como el contexto general en el que se produjeron los sucesos.

Es de sentido común que nadie en su sano juicio idearía historias tan absurdas con la infantil esperanza de que el resto de los mortales las acepte a pies juntillas como hechos reales. Por otro lado, la casuística sobre esta clase de fenómenos es más abundante de lo podríamos imaginar, pero su di-

fusión se encuentra totalmente eclipsada por el tupido velo del miedo al ridículo y al qué dirán.

A poco que indague el lector entre las personas de su entorno descubrirá historias muy similares a las recogidas en este libro. Aunque no lo reconozcamos públicamente, casi todos, en algún momento de nuestra vida, bien individualmente o en compañía de otras personas, hemos sido testigos de algún asombroso y extraño episodio para el cual no hemos podido encontrar todavía una explicación convincente.

A la hora de investigar toda la anómala fenomenología que figura recopilada en estas páginas, se ha tratado de constatar, en la medida de lo posible, que los testigos no se hallaban bajo los efectos de agentes químicos como narcóticos o sustancias psicotrópicas, o expuestos a la radiación de fuertes campos electromagnéticos que pudiesen interferir y alterar los impulsos eléctricos o químicos de la sinapsis cerebral.

Asimismo, he rechazado sucesos en los que el testigo pudiese haber sido víctima de episodios neurológicos como la epilepsia fotosensible, o haber visto ciertas imágenes bajo la forma de alucinaciones hipnogógicas, las cuales suelen producirse cuando un individuo se encuentra en la fase intermedia entre el sueño y la consciencia. Se ha suprimido también todo relato que pudiese tener como explicación los movimientos de sombras y lucecitas que tienden a manifestarse en la visión periférica del ojo, y aquellos otros cuyo origen pudiese radicar en alguna afección o patología ocular.

Así pues, quedaron descartados de esta exposición todos aquellos relatos de experiencias anómalas que no ofrecían las mínimas garantías de credibilidad exigibles, si es que puede hablarse de “garantías de credibilidad” cuando se aborda la investigación y exposición de testimonios tan complejos y desconcertantes como los que siguen. Probablemente algún anónimo lector nos ofrezca la respuesta más sensata a todo esto cuando identifique su propia experiencia personal –nunca confesada– con cualquiera de los enigmáticos sucesos que se exponen en este trabajo.

En su comentario a *La República* de Platón, el filósofo griego Proclo afirma: «En todas las iniciaciones y misterios –sueños y visiones verdaderas– los dioses se exhiben de numerosas formas y se aparecen en gran variedad de figuras. Unas veces, en efecto, presentan una irradiación informe de sí mismos; otras veces, esta luz se configura según la forma humana y, en ocasiones, prosigue hacia una figura distinta».

¿Es tal vez la mano de los dioses la que maneja estos absurdos fenómenos –como señala Proclo– o estamos ante simples delirios, invenciones o alucinaciones de los testigos? ¿Son, acaso, estas anomalías el resultado de complejos procesos físicos que la ciencia aún no ha llegado a determinar?

Sea como fuere, todo parece indicar que ciertas entidades, desde alguna inimaginable dimensión, se empeñan en jugar con los seres humanos para evitar que sepultemos nuestra cada vez más debilitada capacidad de asombro. Emita el lector su propio veredicto.

Capítulo 1

El enigma de Taboada

«Los hombres de ciencia sospechan algo sobre este mundo, pero lo ignoran casi todo. Los sabios interpretan los sueños, y los dioses se ríen».

H. P. LOVECRAFT

UNA NUBLADA TARDE DE PRIMAVERA DE 1957, a eso de las seis, dos niños de nueve años jugaban distraídamente en una pequeña parcela situada en los alrededores de la población lucense de Taboada. Desde hacía algún tiempo habían adoptado aquel terreno como su reducto favorito de esparcimiento. Un entorno tranquilo, ideal para campar a sus anchas en compañía de otros amigos con quienes, de cuando en cuando, se citaban para patear hasta la saciedad una desgastada pelota de goma. Sin embargo, aquella tarde los habituales compañeros de correrías no hicieron acto de presencia, por lo que Antonio y Carlos decidieron esquivar cualquier atisbo de aburrimiento enfrascándose de inmediato en una partida de canicas. El juego mantuvo a los chiquillos absortos y emocionados durante varios minutos hasta que, súbitamente, Antonio percibió una especie de bulto que se movía lentamente junto a una vivienda cercana.

«A pesar de los muchos años que han transcurrido –me explicó Antonio–, te aseguro que lo que viví aquella tarde quedó grabado en mi memoria de por vida. Hace mucho tiempo que le perdí la pista a Carlos, pues ambos nos fuimos de Taboada por motivos laborales de nuestros padres. Sin embargo, estoy seguro de que él, con más motivo que yo, tampoco lo habrá olvidado...

Aquella tarde estábamos agachados jugando a las canicas cuando, de pronto, me pareció ver de reojo, a mi derecha, que alguien caminaba, pero no a nivel del suelo sino más arriba, como por el aire... Giré rápidamente la cabeza hacia la vieja casona que estaba situada como a unos treinta metros a nuestra derecha, y entonces los vi. Se movían sobre el tejado de un pequeño cobertizo de ladrillo adosado a la casa. Quedé boquiabierto. Me puse en pie lentamente y dije:

—¡Eh, mira a esos tíos!

Sin levantarse, Carlos giró la cabeza hacia el cobertizo y con una serenidad pasmosa me respondió:

—¡Ah, sí...! Andan siempre por ahí. Ya los he visto más veces.

La verdad es que la escena era de lo más absurda; jamás en mi vida volví a ver algo semejante... De la pared de aquella casa abandonada salían, uno detrás de otro, como en fila india, unos hombres altos, vestidos como van hoy los astronautas o los apicultores, con cascos y trajes blancos, pero calzados con unas botas oscuras. Caminaban muy despacio sobre el techo del cobertizo, como a cámara lenta, con un brazo extendido hacia adelante, portando en la mano algo así como un farol.

Esa fachada de la casona no tenía puertas ni ventanas, pero los tipos salían de allí, de la propia pared, como de la nada. Es como si se materializasen al salir... Y lo más increíble es que al llegar cada uno de ellos al extremo del tejadillo por el que caminaban, justo donde terminaba el cobertizo, no caían al suelo sino que desaparecían de golpe y volvía a salir otro tío de la pared de la casona... No conté cuántos vi, pero al menos diez o doce... La cosa debió de durar algo más de un minuto. Después dejaron de salir de la pared, y el último que caminaba sobre el cobertizo llegó al final del tejadillo y desapareció al igual que los otros.

Intenté sonsacarle algo a Carlos, pero sólo acertó a decirme que no sabía quiénes eran. Me sorprendió muchísimo su reacción ante algo tan asombroso... Bueno, mi reacción tampoco fue más lógica, pues continué jugando a las canicas como si nada hubiese pasado, aunque estaba tan mosqueado que, de cuando en cuando, volvía la vista hacia la casa por si aparecían de nuevo.

Recuerdo que no conté nada a mis padres por temor a que me prohibiesen volver a jugar en aquel lugar; además, a buen seguro, nunca habrían creído semejante historia.

«Querías que te contase lo más extraño que me ha sucedido? – prosiguió Antonio con gesto serio–. ¡Pues hala, a ver quién es el guapo que se cree algo así! Me queda al menos el consuelo de saber que no fue una alucinación mía, porque mi amigo Carlos también los vio. Lo que nunca comprendí fue esa reacción suya. Le pareció normal ver a esos tipos caminando por allí encima; se quedó tan fresco, y continuamos jugando a las canicas como si nada. Al parecer, él ya había presenciado esa escena en más ocasiones, pero te aseguro que a mí nunca me había dicho nada».

Siempre pensé que no encontraría ningún hecho similar a lo avistado por Antonio y Carlos en la lejana década de los cincuenta, por lo que este caso de Taboada figuró encasillado como *huérfano* en mis archivos durante varios años. Lo consideré un suceso aislado y sin parangón. Sin embargo, quiso el azar reforzar el in-



Dibujo de los seres observados por Antonio y Carlos en Taboada en 1957.